

símbolos sacros e imágenes venerables que les dan sentido de pertenencia e identidad.

Se obligan, pues, a preservar –como legado sagrado y transmitirlo a sucesivas generaciones de conversos e iniciados– un complejo de cantos, rezos, alabanzas, música y actos rituales con que rememoran, con gran solemnidad y efectos espirituales impactantes, aquel acontecimiento más que dramático, en verdad trágico, cuando fue impuesta la religión y cultura de los invasores europeos cristianos, destruyendo ancestrales creencias y modos de vida por vía de la conquista y el coloniaje. En este proceso fueron protagonistas varios capitanes dirigentes de otomíes y chichimecos (Juan Valerio de la Cruz, Fernando de Tapia Conín, Nicolás de San Luis Montañez, entre otros) que –tal como consta en cronistas de la época– decidieron participar simulando combatir del lado invasor, ya que no quedaba mejor estrategia para salvar a su gente de un total exterminio y mantener la presencia aborigen como la de mayor peso demográfico en la región de Mesoamérica que vino a ser el Bajío, su patria original sacramentada en memoriales que hablan del “Gran Valle Chichimeco” señoreado por la Montaña Sagrada de Culiacán, el Chicomóztoc de las Siete Cuevas. De aquí, según sus relatos sobre sus dioses y héroes, habían partido sus antiguos progenitores a fundar imperios de gloria y civilización como la misma Tula, del insigne caudillo Quetzalcóatl, ciudad madre de culturas tan esplendorosas como la mexicana, la texcocana, la tlaxcalteca, la atlixquense, etcétera. Hacia el lugar donde partiera el antiguo peregrinar, sus dioses y caudillos, en tan crítica y ominosa situación como fue la conquista, les estarían guiando en un retorno circun-